

ba al buque, el cual, de este modo, como no se ocupaba nunca, merced á esta maniobra, equivalía á una flota entera. Muchas veces venían otros buques á llenar aquel buque permitido. Este comercio de contrabando era tan perjudicial para España como provechoso para Inglaterra, y amenazaba absorber todo el tráfico con las colonias de América. Los Españoles no podían permitir á los Ingleses que les despojasen, con desprecio de todo derecho, de un comercio lucrativo cuyo monopolio les aseguraba el sistema colonial. Para prevenir el abuso no había más que un medio, atenerse estrictamente á la ejecución de los tratados. No dejaron los Ingleses de interpretar los tratados á su manera. Es inútil entrar en esta controversia, que bajo el punto de vista del derecho y de la buena fe no lo era. Hoy los historiadores ingleses mismos reconocen que no estaba permitido á los buques británicos aproximarse á las costas españolas; confiesan que el contrabando era ilícito, y que los guarda-costas tenían el derecho de visitar los buques para impedirlo (1). En el siglo XVIII no sucedía así.

Suscitáronse las más vivas discusiones sobre el derecho de visita, porque era un medio enérgico de impedir el fraude. Los comerciantes se quejaban de él amargamente; decían que abrogarse el poder de registrar los buques ingleses, bajo pretexto de buscar mercancías de contrabando, era pretender la soberanía de los mares (2). Era muy fácil contestar á estas quejas. El derecho de visita es la sanción necesaria de la prohibición del contrabando. Esto es tan cierto que los Ingleses mismos le ejercían y con rigor. En cuanto á la libertad de los mares, ¿tocaba á los Ingleses reivindicarla? ¿Á ellos que han dado al mar que baña sus costas el nombre de *británico* para significar á todos los pueblos que es de su dominio? Obraban como si fueran propietarios exclusivos: exigían que los navíos de todas las naciones bajasen pabellón ante ellos, no permitían pescar allí sin su permiso, y se hacían pagar este uso del mar que la naturaleza ha concedido á todos. Después de esto no tenían en qué fundarse sus reclamaciones contra las usurpaciones de los Españoles, que no hacían más

que defenderse de un comercio de contrabando. Hé aquí lo que decía la corte de Madrid, y aquellos Ingleses á quienes no cegaba el interés convenían en que España tenía razón (1). Desgraciadamente el orgullo de la raza inglesa se hizo cómplice de la codicia de los comerciantes. Oigamos la soberbia respuesta de un inglés; él nos dirá que lo que era una intolerable pretensión por parte de España, pasaba por un incontestable derecho en Inglaterra: "Estoy seguro que no hay un sólo Bretón verdadero que quisiese consentir que los Españoles usurpasen sobre los mares de América el mismo dominio que tenemos de derecho sobre el mar británico" (2).

Eran inevitables las colisiones diarias entre los defraudadores ingleses y los guarda-costas españoles. Cuando los Ingleses eran cogidos en flagrante delito, juraban y perjuraban que no pensaban en traficar con las colonias españolas, que los vientos y las corrientes los habían separado de su camino ó sostenían que no podían navegar con seguridad en aquellos mares, sin pasar al alcance de las costas de España para tener á la vista sus faros. Para destruir estos subterfugios, bastaba considerar la naturaleza de las mercancías que llenaban el buque único que no se vaciaba jamás (3). Indudablemente, el derecho de visita y el embargo de las mercancías de contrabando se prestan á abusos. Pero había un camino legal para obtener justicia, y era hacer reclamación á la corte de Madrid. España no se negó jamás á hacer justicia á las justas reclamaciones de los Ingleses. Repetidas veces el rey dió órdenes para que los culpables fuesen castigados; pero ante todo quería que los hechos alegados por los comerciantes interesados en alterarlos fuesen probados (4). Tal vez la indolencia y el orgullo de los Españoles fueron causa más de un retraso, ó, mejor, de alguna negativa de justicia. Los Ingleses, en las incesantes quejas con que asediaban al parlamento, no hablaron más que de los excesos de los guarda costas, y tuvieron buen cuidado de callarse sus propias piraterías. Después de todo, eran los primeros culpables: si no hubiesen hecho el contrabando, no habría habido ni visita ni embar-

(1) ROUSSET, *Recopilación de actas*, t. XXII, 2, p. 109, 188.

(2) ROUSSET, *Recopilación de actas*, p. 317.

(3) ROUSSET, *Recopilación de actas*, t. XIII, 2, p. 44, 156.

(4) Respuesta del rey de España (RAPIN DE THOYRAS, *Historia de Inglaterra*, t. XV, p. 60); Protesta del rey de España (ib., p. 70).

go. Sin embargo, estas reclamaciones interesadas fueron bien acogidas. Un hecho principalmente sublevó la opinión pública. Un patrón de barco, llamado Jenkins, se presentó en 1739 á la cámara de los comunes. Contó que un guarda-costas español había apresado su barco, encadenado la tripulación y cortado las orejas al capitán. Después de mutilado así, se le amenazó con la muerte: "Encomendé mi alma á Dios, dijo, y mi venganza á mi patria." El ilustre Burke considera esta historia como una fábula. Ciertamente Jenkins había perdido sus orejas, pero no en lucha con los Españoles; fué, según parece, á manos del verdugo (1). Sin embargo, esta comedia hizo un efecto prodigioso. La oposición la explotó, la nación se conmovió. La libertad del mar ó la guerra, tal fué el grito general. Walpole cometió la torpeza de ceder á la opinión pública extraviada.

Si Walpole fué culpable de debilidad, la oposición que impulsaba á la guerra fué bastante más culpable que él. En aquella oposición brillaba en primer término el joven Pitt, que puso su apasionada elocuencia al servicio de la peor de las causas. En vano se buscan razones en sus discursos, no se encuentra en ellos más que pasiones: "¿Tenéis más barcos en vuestros puertos, exclamó, que tiene toda la marina reunida de toda Europa, y sufrís que España os imponga la ley!" (2). Esto era apelar al derecho del más fuerte, y todo en beneficio de la codicia de los contrabandistas ingleses. ¿Tenía Pitt al menos la convicción de la justicia de sus pretensiones? Él mismo y todos los oradores de la oposición confesaron más tarde que España estaba en su derecho, y lo reconocieron implícitamente haciendo la paz con la corte de Madrid sin pedir que renunciase al derecho de visita: "No puede renunciar á él, dice Pitt, á menos de encontrarse en aquella situación extrema en que el vencido sufre todas las condiciones que quiere dictarle el vencedor." Con justa indignación, uno de los grandes historiadores de Inglaterra censuró la conducta de Pitt y de sus amigos los patriotas. Ellos impulsaron á una guerra que era la coronación de las piraterías inglesas, que no tenía más fin que saquear las colonias españolas; impulsaron á ella con la convicción de que Inglaterra no tenía razón. Si

esto se llama patriotismo, es un patriotismo á la manera del de los antiguos, que reputaban á los extranjeros como enemigos y consideraban como buena presa todo lo que les podían quitar: es, dice Macaulay, el derecho de los bucaneros (1).

Para justificar, ó, al menos, para excusar al ilustre orador, se dice que las miserables querellas que dividían á la España y á la Inglaterra no eran más que un pretexto; que en el fondo se trataba de saber á quién pertenecería el imperio de los mares, si á los Ingleses ó á los Españoles unidos á los Franceses. Aceptamos la justificación; nos repugna creer que el gran *commoner* no haya tenido más objeto, al hacer una odiosa oposición á Walpole, que derribar un ministerio para ponerse en su lugar. Pero si la grandeza de la ambición eleva el debate bajo el punto de vista del interés, es la condenación absoluta de la política inglesa bajo el punto de vista del derecho. Prueba, en efecto, que el equilibrio que Inglaterra invocaba incesantemente no era más que una palabra, mejor dicho, un instrumento para asegurar su dominación marítima. Si intervenía en todas las guerras del continente para mantener en él la balanza del poder, era, no en interés de la libertad europea, como decía, sino en interés de su comercio. Cuando en la guerra injustificable de 1740, Francia abrazó el partido de España, los Ingleses llenaron todas las cortes con sus quejas; dijeron que amenazaba una nueva monarquía universal, y quisieron reconstituir la grande alianza como si Luis XIV hubiese resucitado. Y ¿por qué todo este ruido? Porque los Españoles se negaban á dejarse robar por los contrabandistas ingleses, y porque el cardenal Fleury conocía la necesidad de conservar el equilibrio en el mar, del mismo modo que Inglaterra le mantenía entre las potencias continentales. Y ¿quién tenía siempre la palabra equilibrio en los labios, y quién le rompía, aspirando á la monarquía de los mares por todos los medios, y, en caso de necesidad, por la piratería? (2).

Para hacer frente á Inglaterra, los Borbones de Francia y de España renovaron el pacto de familia. Si hubiera habido un Richelieu al frente del ministerio francés, habría llevado la guerra á las Indias, en lugar de agotar las fuerzas de Francia

(1) LORD MAHON, *History of England*, t. II, p. 25.

(2) LORD MAHON, *History of England*, t. II, p. 25.

(1) MACAULAY, *Essays*, lord Chatham, t. II, p. 240, 241.

(2) RANKE, *Preussische Geschichte*, t. III, p. 182 y siguientes.

(1) LORD MAHON, *History of England*, t. II, p. 22.

(2) Petición á la Cámara de los Comunes de 1738 (ROUSSET, *Recopilación*, t. XIII, 2, p. 50).

en una guerra continental en que nada podía ganar, aun cuando la fortuna hubiera favorecido sus empresas. Pero las queridas de Luis XV y los ambiciosos que se apoyaban en su autoridad no tenían talla para continuar la política del gran cardenal: hicieron una especie de caricatura, pretendiendo la ruina de la Casa de Austria. No encontraron para humillar á Inglaterra más medio que hacer venir al pretendiente. No veían que, atacando á la nación inglesa en su libertad y en su religión, legitimaban las represalias. De unas en otras se llegó á la violación de todo derecho. Francia quiere repartir el Austria. El Austria unida á Inglaterra quiere desmembrar la Francia. El pretendiente apoyado en Francia y España, quiere expulsar á la Casa de Hanover. Todos aquellos proyectos violentos fracasaron. La paz de Aix-la-Chapelle mantuvo poco más ó menos á Europa en la situación en que se encontraba antes de la guerra.

§ V.—La paz de Aix-la-Chapelle.

El historiador de la diplomacia francesa dice que la paz de Aix-la-Chapelle hubiera podido ser firmada lo mismo antes del principio de las hostilidades que después de ocho años de una guerra cruel. «¿Por qué, dice, se ha derramado tanta sangre? ¿Para proporcionar un pequeño ducado italiano á D. Felipe, aquel infante de España que no estaba establecido, y para dar un trozo de la Lombardia al rey de Cerdeña?» (1). Al apreciar la paz de Aix-la-Chapelle no se deben considerar únicamente los resultados materiales, los engrandecimientos de territorio que consagró; hay que ver cuáles eran los proyectos de los que comenzaron la guerra ó intervinieron en ella. Durante toda la de sucesión, se hicieron proyectos que tendían al cambio de la constitución europea. Emprendida para repartir la monarquía austriaca, hubiera podido conducir también al desmembramiento de Francia ó á un cambio de dinastía en Inglaterra. Ninguno de aquellos aventureros proyectos se realizó. Es cierto que María Teresa perdió la Silesia, y que tuvo que hacer algunos sacrificios en Italia en beneficio de los Borbones y de la Cerdeña; pero

(1) FLASSAN, *Hist. de la diplomacia francesa*, t. v, p. 433.

esto no impidió al Austria seguir siendo una de las grandes potencias de Europa. Puede decirse que se conservó el equilibrio europeo.

Hé aquí un resultado que, aunque negativo, debe ser tomado en consideración. Los príncipes ó los ambiciosos que se autorizaban con su nombre repartían la Europa como si hubiese sido una tierra sin dueño, sin preocuparse de ningún derecho, de ninguna posesión, por antigua que fuese, hollando todo compromiso, todo tratado. Pero resultó que el derecho, las posesiones, los tratados de que tan poco caso se hacía tenían su valor, y que, en definitiva, había más poder en las ideas que en la fuerza. ¿Quién no hubiera creído que había llegado el fin de la monarquía austriaca cuando los ejércitos franceses estaban á las puertas de Viena y cuando Federico acampaba vencedor en la Silesia? Sin embargo, la joven reina, que al principio de la guerra no sabía dónde daría á luz al niño que llevaba en su seno, salió victoriosa de la lucha. Triunfó, pues, la política del equilibrio. Hay que agradecerlo á la Providencia más bien que á los hombres. Indudablemente, los Ingleses desempeñaron un gran papel en aquel sangriento debate; pero hemos debido negarles la inspiración generosa de que hacían alarde, para no dejarles más que el móvil de su interés. Felizmente su interés estaba en armonía con el derecho y con la libertad de Europa. Este beneficio le debemos á Dios. Quisiéramos sacar de aquí esta enseñanza, que los pueblos como los individuos deben consultar, no su interés, sino su deber; en definitiva hallarán que, cumpliendo su deber, han mirado al mismo tiempo por sus intereses, si no por los del momento, al menos por los del porvenir.

Francia, cuya ambición había encendido la guerra, no conservó ninguna de sus conquistas. Era una señal de decadencia, dicen los escritores políticos (1). Según los plenipotenciarios franceses, en el congreso de Aix-la-Chapelle iban á cumplir las palabras de su señor, «que quería hacer la paz, no como comerciante, sino como rey.» *Voltaire* se dejó engañar por estas bellas palabras: «Pareció más noble, dice, y hasta más útil á la corte de Francia pensar exclusivamente en la utilidad de sus aliados que hacerse dar dos ó tres ciudades de

(1) El conde de GARDEN, *Hist. de los tratados de paz*, t. III, página 392.

Flandes, que hubiera sido motivo eterno de envidia. El historiador de Luis XV olvida que Francia había empezado la guerra; sin su apoyo, el ducado de Baviera no hubiera entrado en la liza contra la Casa de Austria, y ni España ni Cerdeña habrían pensado en reivindicar la herencia de María Teresa. ¿Era por sus aliados por lo que Luis XV quería arruinar la Casa de Austria? ¿Era por ellos por lo que había estipulado en el tratado de Nymphenburgo que conservaría sus conquistas en los Países-Bajos? Si es bello terminar una guerra con generosidad, sería más bello aún no empezarla. Este alarde de desinterés no ilusionó á la nación francesa, que, sin embargo, tiene inclinación á los sentimientos generosos. Los contemporáneos nos manifiestan que el pueblo de París, por necesaria que fuese la paz, la acogió con descontento. *Barbier* refiere que las sardineras, cuando disputaban, decían: *Eres estúpida como la paz*. La nación se sentía humillada con la expulsión violenta del pretendiente, después de haberle llamado á Francia, miserable juguete de una política sin corazón: se sentía humillada viendo reaparecer en Dunkerque un comisario inglés, encargado de velar por la destrucción de sus fortificaciones; en fin, veía que una guerra emprendida para dar á Francia la dominación del continente concluía cubriéndola de vergüenza (1). La humillación era merecida. Francia, despreciando sus compromisos, sin más motivo que una loca ambición, había formado una coalición europea para despojar á María Teresa de la herencia de sus padres. Era justo que saliese empujada y abatida de una guerra emprendida con tan culpable ligereza.

Federico no tenía más derecho á la Silesia que Francia á la monarquía austriaca. Pero al menos obedecía á una necesidad política. Prusia no podía seguir siendo un Estado problemático, participando á la vez de los caracteres de un electorado y de un reino. Federico quiso hacer de él una gran potencia, y lo consiguió. Á nuestros ojos, el resultado no le justifica. La historia debe siempre censurar el desprecio del derecho; cualesquiera que sean los resultados providenciales de una guerra injusta, no por esto la guerra se hace justa. Los designios de la Providencia son un misterio para el hom-

(1) BARBIER, *Diario*, t. III, p. 63.—*Vida privada de Luis XIV*, tomo II, p. 300.

bre, y no legitiman las acciones de éste ni las condenan. ¿Cuál era la misión providencial de Federico? El engrandecimiento de la Prusia, ¿es un primer paso hacia la unidad de Alemania? El porvenir decidirá si la fundación de la monarquía prusiana es una compensación del derecho violado y de la sangre derramada en las guerras de Silesia y en la terrible de siete años que siguió.

Italia también se vio arrastrada en la guerra de sucesión de Austria. Es inútil decir que no se trata de la nación. Las naciones no eran atendidas todavía en el siglo XVIII, y la Italia, más que cualquier otro pueblo, se veía disputada por príncipes extranjeros. Unas veces la Casa de Austria quería arrojar á los Borbones, otras los Borbones querían arrojar á los Austriacos. La paz de Aix-la-Chapelle dió un nuevo trono en Italia á un Borbón de España. De aquí resultó una especie de reparto de la Península entre príncipes austriacos y españoles. Se ha pretendido ver en esta distribución un equilibrio italiano y un primer paso hacia la independencia de Italia (1). Pero precisamente porque estaba fraccionada se la entregaba impotente á la influencia de la dominación austriaca. Todo lo que puede decirse es que siendo Italia incapaz de conquistar su libertad, era una ventaja que no cayese por completo bajo el yugo del extranjero; el fraccionamiento dejaba, al menos, una puerta abierta á los esfuerzos del porvenir.

Federico II critica que la paz de Aix-la-Chapelle no haya sido más que una tregua: «Las potencias, dice, sacrificaban á la dificultad presente de sus negocios los intereses del porvenir; por una parte apagaban el incendio que abrasaba á la Europa, y por otra amontonaban materiales combustibles para que se inflamasen á la primera ocasión» (2). Es cierto que la Francia hizo la paz como había emprendido la guerra, sin motivo ni razón: una querida había deseado la guerra en 1740, y otra quiso la paz en 1748. María Teresa sólo sintió en la paz por fuerza; fué preciso que Inglaterra, su aliada, la obligase para que se resignase á los sacrificios que la imponía el tratado de Aix-la-Chapelle; no firmó sino con la reserva mental de reconquistar la Silesia. En cuanto á Inglaterra,

(1) SAINT-MARC GIRARDIN, en la *Revista de Ambos Mundos*, 1859, t. IV, p. 319.

(2) FEDERICO II, *Hist. de la guerra de los siete años*, c. II, (Obras, t. IV, p. 15).